

Al sur de la pandemia. Trabajadoras domésticas en dos comunidades del centro de México

RAÚL GARCÍA CONTRERAS

PROGRAMA ACTORES SOCIALES DE LA FLORA MEDICINAL EN MÉXICO,
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA (INAH)

MÉXICO

Correo electrónico: garcia.contreras@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7959-6692>

Fecha de culminación: 10-12-2021 / Fecha de envío: 15-01-2022

Fecha de aceptación: 09-07-2022.

RESUMEN

Se contextualizan las narrativas de trabajadoras domésticas de dos comunidades del estado de Morelos, cuyo territorio, dada su proximidad con la Ciudad de México, cuenta con múltiples casas de descanso, lo que implica que la población local se inserta laboralmente como empleadas del hogar y jardineros. Así, desde una perspectiva de las epistemologías del sur y a la luz de la cuarentena, se analiza el confinamiento desde la percepción de un grupo de trabajadoras domésticas quienes garantizaron la cuarentena de sus empleadores. De manera que el contexto de la pandemia agudizó e invisibilizó las ya precarias condiciones laborales de las empleadas domésticas, resultando un proceso más desigual y con mayores riesgos para unos grupos sociales que para otros.

PALABRAS CLAVE: trabajadoras domésticas, pandemia, desigualdades sociales y riesgos.

ABSTRACT

We contextualize narratives of domestic workers from two communities in the state of Morelos, whose territory, given its proximity to Mexico City, has multiple rest homes, which implies the local population is inserted as domestic workers and gardeners. Thus, from the perspective of the epistemologies of the south and in light of the quarantine, confinement is analyzed from the perception of those who could not carry out their own quarantine, given the need to guarantee the confinement of their

employers. Thus, the context of the pandemic exacerbates and makes invisible the already precarious working conditions of domestic workers, resulting in a process more unequal and with greater risks for some social groups than for others.

KEY WORDS: domestic workers, pandemic, social inequalities and risks.

*Y las zonas de invisibilidad podrán multiplicarse
en muchas otras regiones del mundo [...] muy cerca de cada uno de nosotros.
Quizá baste abrir la ventana...*
(Santos 2020, 27)

INTRODUCCIÓN¹

El trabajo doméstico es considerado en dos vertientes; como trabajo remunerado y no remunerado, inscrito en la dinámica reproductiva de las unidades domésticas. En México, durante el siglo xx el servicio doméstico remunerado resultó una de las principales ocupaciones asociada a las mujeres (Durin y Vázquez 2013), trabajo que a lo largo de la historia se vincula a la mano de obra femenina, y reporta una tendencia a construir mitos que a menudo piensa a las trabajadoras como «ignorantes», ubicándolas en una posición subordinada que justifica el trato hacia el servicio doméstico (Goldsmith 1998). De igual manera, un mito naturalizado del trabajo doméstico ha sido el de considerar que mujeres de determinadas culturas son mayormente aptas para dicha labor al idealizarlas como maternas y serviciales (Goldsmith 2007).

En los años setenta y ochenta, los cuidados estaban integrados a lo que se conocía como trabajo doméstico (Batthyány 2020, 12), con funciones establecidas tales como lavar, planchar, cocinar, cuidar niños y conversar, actividades para las cuales «las antes llamadas “criadas” ahora “muchachas” [...] están disponibles para atender las necesidades de las familias empleadoras»

1 En este artículo estamos usando el sistema de referenciación Chicago, autor-fecha.

(Durin 2013, 95). Asimismo, en torno al trabajo doméstico persiste una serie de aspectos que van de la discriminación y la desvalorización hasta las condiciones laborales adversas (Goldsmith 1998), que justamente hacen que el trabajo doméstico remunerado sea una de las ocupaciones con peores condiciones laborales (Goldsmith 2007). De modo que el servicio doméstico se inscribe en diversos sistemas de desigualdad que inserta a las trabajadoras en un escenario de dominación (Salazar 2015).

En ese sentido, es necesario señalar que «el hecho de que históricamente el origen de la mayoría de las trabajadoras del hogar sea rural refleja el desarrollo desigual que ha caracterizado a México» (Goldsmith 1998, 87). Así pues, pensar en quiénes son y de dónde proceden las trabajadoras del hogar evidencia diversos procesos de exclusión social, mismos que en México impactan a 2.5 millones de trabajadoras domésticas, lo que representa el 2% de la población total en el país (Instituto Nacional de Estadística y Geografía 2019), en donde el 99.2% de las empleadas domésticas carecen de contratos de trabajo y el 98.3% no cuenta con acceso a instituciones de salud (OIT 2019).

Ahora bien, en el escenario de emergencia que provocó la pandemia, «las desigualdades y la violencia de clase, género, etnia, etc., se ahondan aún más a partir de la crisis generada por el COVID-19» (Palermo y Capogrossi 2020, 1990) y justamente la pandemia empeoró los procesos de precarización estructural de las trabajadoras domésticas, cuya labor desvalorizada resultó esencial para responder a la emergencia (Salvador y Cossani 2020, Casas y Palermo 2021).

En este contexto, resulta necesario analizar el trabajo doméstico en el marco del confinamiento provocado por la COVID-19 cuyas características de pandemia revelaron múltiples escenarios de desigualdad, acentuando a su vez las ya precarias condiciones laborales de las trabajadoras del hogar.

El escenario de análisis que abordamos es el estado de Morelos, al sur de la Ciudad de México, cuyo territorio, a lo largo de su historia, presenta grandes transformaciones asociadas a las necesidades económicas y sociales de la capital del país. Una de esas transfor-

maciones se disparó con los proyectos inmobiliarios que, además de privatizar el territorio, pusieron en riesgo la disponibilidad de recursos locales, caracterizando a diversos municipios morelenses como una gran zona de descanso.

Las transformaciones provocadas por los megaproyectos inmobiliarios se visualizan en la agricultura; así, un estado como Morelos, de vocación agrícola por tradición y donde se gestaron las luchas heroicas por el agrarismo durante la Revolución mexicana, en los últimos años presenta un importante declive en esa actividad pasando de 1985 al 2020, de 151 021 hectáreas sembradas tanto de riego como de temporal a 132 177 hectáreas, es decir, en 35 años se transformó el paisaje, producción y tradición agrícola dejando de destinar para sembradíos 18 844 hectáreas (ver figura 1).

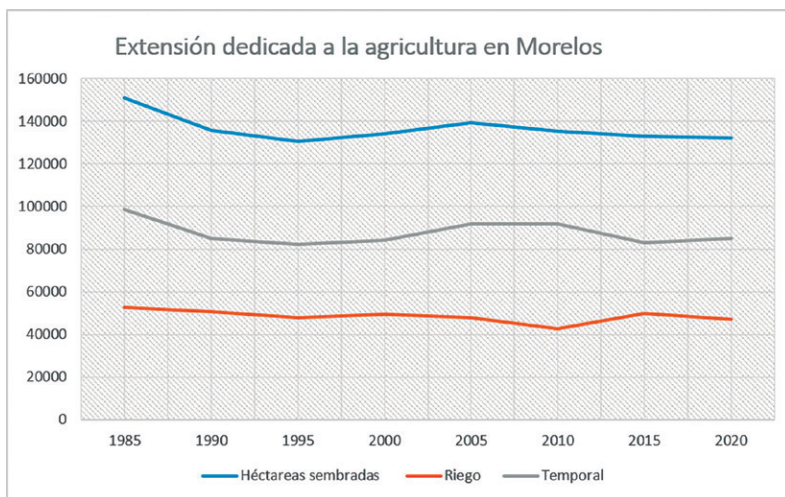


FIGURA 1. Elaboración propia, con datos de Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, 1985-2020.

Así, gran parte del descenso de la agricultura en Morelos se vincula al incremento de megaproyectos inmobiliarios, que transformaron al estado en una gran zona residencial con casas de fin de semana, insertando a un sector de la población local de los municipios a procesos laborales precarios que actualmente resultan una opción de empleo.

En ese marco, la propuesta de este trabajo es repensar cómo la cuarentena se afrontó de manera diferencial en México durante los primeros meses de la pandemia, en donde las condiciones sociales y económicas que enfrentaron las trabajadoras domésticas imposibilitó el confinamiento ante la COVID-19. Por tanto, es necesario explorar desde la denominada «sociología de las ausencias» las narrativas de un grupo de empleadas domésticas, procedentes de dos comunidades del estado de Morelos, en el marco del confinamiento entre los meses de abril y junio de 2020 cuando las casas de descanso² en Morelos se convirtieron en los hogares de la cuarentena.

Los dos escenarios de referencia son el municipio de Tepoztlán y la comunidad de Ticumán, en el municipio de Tlaltizapán (ver figura 2). En el caso de Tepoztlán, dicha localidad fue inscrita en el proyecto federal denominado «Pueblos Mágicos» en el 2002, lo que la hizo una de las comunidades pioneras en participar en ese programa de fomento al turismo nacional y extranjero. No obstante, la comunidad experimentó un acelerado crecimiento urbano desde los años setenta y ochenta con el cambio de uso de suelo y el incremento del turismo.

Por otra parte, en el caso de Ticumán, en los años setenta y ochenta comenzó la venta de terrenos agrícolas con los desarrollos inmobiliarios que privilegiaron las casas de descanso y fraccionamientos en la comunidad. Un aspecto particular de esta población es que en los años noventa Carlos Salinas de Gortari, entonces presidente de la república mexicana, poseía una propiedad de descanso en la localidad, motivo por el cual impulsó un libramiento carretero para que los vehículos de carga y automóviles de paso no transitaran por el centro de la comunidad y, en consecuencia, la zona de descanso tuviera mayor tranquilidad.

El cambio de uso de suelo, el auge del turismo y la migración rumbo a Estados Unidos, que en los últimos años tanto en

2 Las casas de descanso son residencias de campo y vacacionales en donde la clase social alta y media alta de la capital mexicana suele descansar del bullicio de la ciudad. La mayoría de las casas de descanso poseen grandes extensiones de áreas verdes, albercas y canchas de tenis, y principalmente se encuentran en los estados de Morelos, Estado de México y, en menor medida, en Puebla.

Ticumán, como en Tepoztlán se ubican en un nivel alto y medio respectivamente (Consejo Nacional de Población 2010), resultan condicionantes para que la agricultura se circunscriba como una actividad laboral secundaria, conminando a que la población local se inserte como prestadores de servicio —trabajadoras domésticas, jardineros y comerciantes— para los fraccionamientos y casas de descanso en ambos escenarios.



FIGURA 2. Mapa de las comunidades de estudio
Fuente: Elaboración propia.

AL SUR DE LA PANDEMIA

Si la pandemia resulta un problema de salud pública en términos de morbimortalidad, al margen de este ángulo más visible, en un nivel oculto, se encuentran múltiples narrativas que dan cuenta de cómo la COVID-19 y sus efectos se vivieron diferencialmente en el país. En ese sentido, resulta pertinente un abordaje desde las *epistemologías del sur* porque permite retomar la experiencia de «los grupos sociales que sistemáticamente han sufrido la injusticia, la opresión y la destrucción causada por el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado» (Santos 2018, 28-29); y justamente, en el

marco de esta pandemia, pensar desde el sur implica visibilizar a los actores sociales soslayados que se ubican en lo que Santos (2010a) denomina como el otro lado de la línea abismal de pensamiento, que alberga una serie de seres humanos así como sus saberes y experiencias, que son construidos como irrelevantes al margen del pensamiento occidental que determina las realidades visibles, existentes y presentes en el mundo.

En este marco, el confinamiento establecido en el país producto de la pandemia de la COVID-19, representó un escenario en donde las autoridades federales construyeron en el discurso a una sociedad homogénea en cuanto a los parámetros de seguridad social y oportunidades de vida. Sin embargo, en la pandemia existió un mundo de cuidadoras y cuidadores que posibilitaron el confinamiento y cuyas voces no parecen visibles en tal emergencia por la COVID-19.

Así pues, consideramos que un referente para hacer presente a las voces ausentes de la pandemia es el de las epistemologías del sur porque buscan el encuentro con aquellas voces que «han sido ignoradas, invisibilizadas [...] consideradas no existentes por la tradición crítica eurocéntrica» para ser recuperadas desde la sociología de las ausencias (Santos 2018, 26), misma que intenta «mostrar que lo que no existe es [...] activamente producido como no existente» (Santos 2010, 37b); por tanto, desde esta perspectiva se retoman realidades sociales que desde una visión hegemónica son ubicadas como procesos residuales de esta emergencia, en donde de lo que se visibiliza resultan las cuentas globales, las políticas generales y el papel central asignado al virus y no a la experiencia de los invisibles.

En ese sentido, en la lógica que inscribe a las trabajadoras del hogar como actores invisibles de esta pandemia y confinamiento, sus voces son situadas desde lo que Santos denomina como el sur «compuesto por muchos sures epistemológicos» (Santos 2018, 29), es decir, el sur pensado «como un campo de desafíos epistémicos» (Santos 2014, 10), en donde es preciso reconocerlo no como un espacio geográfico, sino «como una metáfora del sufrimiento humano causada por el colonialismo y capitalismo a escala global» (Santos 2020, 45), en donde las desigualdades impactan de manera

diferencial en nuestra sociedad, siguiendo un patrón de poder mundial denominado *colonialidad*, mismo que ordena y jerarquiza territorios, saberes y seres humanos, que se origina en el proceso de colonización del continente americano y persiste hasta nuestros días (Restrepo y Rojas 2010).

Así pues, la COVID-19 resulta un proceso diferencial en el que la colonialidad como pensamiento dominante occidental produce realidades no existentes, que sigue un patrón de dominación social de largo alcance y que resulta un elemento constructor de las relaciones de poder en el sistema-mundo moderno-capitalista (Quijano 2000).

Por tanto, en el sur de la pandemia el confinamiento se construye como un proceso desigual, que refiere múltiples dimensiones de análisis porque «cualquier cuarentena es siempre discriminatoria, más difícil para algunos grupos sociales que para otros, e imposible para un vasto grupo de cuidadores, cuya misión es hacer posible la cuarentena» (Santos 2020, 45). De modo que la pandemia pone de manifiesto el que las trabajadoras de las casas de descanso en Morelos resultaran grupos soslayados, con o sin pandemia, pero expuestos y precarizados durante emergencia por la COVID-19.

Ahora bien, hablar desde el *sur de la pandemia* implica repensar el método para acceder a ciertos escenarios, en donde la manera de realizar trabajo de campo se configuró al margen de los riesgos y complicaciones en el contexto de la COVID-19. De manera que, este trabajo se llevó a cabo en términos cualitativos con técnicas etnográficas, centrado en las experiencias de un grupo de trabajadoras domésticas; para ello se realizaron diez entrevistas semiestructuradas en las comunidades de referencia entre los meses de mayo y septiembre de 2020.

Una herramienta importante para este trabajo resultó la etnografía y la observación participante efectuada en los mercados de ambas comunidades, los cuales se convirtieron en los espacios de interacción e hicieron posible un acercamiento a las trabajadoras domésticas cuando realizaban «los mandados de los patrones».³

3 Los nombres de las trabajadoras domésticas fueron cambiados para proteger la identidad de quienes compartieron sus vivencias durante la pandemia.

Cabe señalar que una puerta de acceso importante para repensar el trabajo doméstico durante la pandemia fue mi caso pues soy originario de una de las dos comunidades de referencia;⁴ por tanto, el trabajo en cuestión se realizó con la participación de la red de vecinas que se encargaron de atender a sus empleadores durante los primeros meses de la pandemia, quienes arribaron de manera inesperada entre abril y junio de 2020 a sus residencias de descanso. De modo que, repensar qué implicó el hecho de que las trabajadoras domésticas experimentaran de esta manera los primeros meses de la COVID-19 permite evocar a Santos cuando expresa que «quizá baste abrir la ventana» (2020, 27) para reconocer lo que sucede en los espacios y con los actores sociales con los que habitualmente convivimos.

EL CONFINAMIENTO EN LAS CASAS DE DESCANSO

La pandemia resultó un evento crítico que «descotidianizó» masivamente al mundo (Ribeiro 2021) y en México el ritmo de vida se transformó a partir de una cuarentena, una jornada nacional de sana distancia y, posteriormente, un semáforo epidemiológico. Las dinámicas de vida intentaron ser lo más parecidas a lo que eran hasta antes de la COVID-19. En ese sentido, el ciclo de fiestas rituales y carnavales en Morelos se alteró, lo que dio paso a otras maneras de dar continuidad a la vida social de los pueblos.

Asimismo, en diversos municipios que desde hace más de cuarenta años son un espacio de descanso para los habitantes de la Ciudad de México, se trató de regular la entrada de personas externas a las poblaciones, estableciéndose retenes de pobladores en los municipios del oriente, los altos y la zona norte del estado.⁵

4 Para realizar este trabajo, la participación de mi madre fue sustantiva porque en años anteriores ella fue empleada doméstica en las casas de fin de semana de mi comunidad, por tanto, en las pláticas con las actuales trabajadoras domésticas fue evidente que la confianza que ella inspiraba me permitió ahondar en las muchas vivencias que las vecinas narraron.

5 Diario de Morelos. (2020, abril 10). «Cuáles municipios de Morelos impiden paso de turistas por temor a coronavirus». Comunidad [1 de septiembre de 2021].

De manera que el fin de año y la Semana Santa, periodos esperados en los municipios morelenses por el arribo de residentes de la Ciudad de México y el ingreso económico resultante para negocios familiares, jardineros y trabajadoras domésticas se vieron afectados en el contexto de la pandemia debido a que la alta movilidad de visitantes se trató de contener. Y, justamente, la pandemia en México y la «Jornada Nacional de Sana Distancia» dieron inicio en vísperas de la Semana Santa de 2020, por lo que —aunque la afluencia de visitantes disminuyó en las dos comunidades de referencia en comparación con años anteriores— se pudo percibir un fenómeno: el arribo de vecinos de la Ciudad de México a sus residencias de descanso.

En el caso de Ticumán, el tránsito por la comunidad durante los primeros meses de la pandemia no se impidió, y en los puntos de acceso al pueblo se instalaron módulos de información que replicaban mensajes y folletos de las autoridades sanitarias para prevenir posibles contagios de coronavirus. En cambio, en Tepoztlán, como medida para hacer frente a la pandemia, durante los primeros días de abril de 2020, la comunidad decidió cerrar todas las vías de entrada a su cabecera municipal, instalando filtros con el fin de permitir el acceso solo a los residentes del municipio previa presentación de una identificación oficial.

La dinámica que se siguió en Tepoztlán con los accesos cerrados a la cabecera municipal, fue la de que los visitantes de la Ciudad México optaran por algunos métodos para eludir el cerco y trasladarse a sus residencias de descanso; así, una manera de acceso consistió en que los jardineros «cruzaban» con las familias y camionetas procedentes de la Ciudad de México, presentando su identificación oficial que los acreditaba como residentes de Tepoztlán. Otra forma consistía en que, al arribar a los puntos de acceso del municipio, los visitantes estacionaban sus vehículos y «cruzaban» el retén en taxis de la comunidad, mientras los conductores mostraban su identificación con domicilio en Tepoztlán, y una vez adentro, los jardineros de las casas de descanso se encargaban de pasar los automóviles de sus empleadores por los filtros de acceso. Por último, otra medida para ingresar

a la cabecera municipal fue a través de los caminos agrícolas de la comunidad.

CONFINAMIENTOS DESIGUALES

En ambos escenarios de análisis, tanto en Tepoztlán como en Ticumán, las empleadas domésticas de entrada y salida⁶ se encargaron de cumplir horarios laborales que por el contexto pandémico se extendían hasta por 11 horas de trabajo continuo, y sus funciones incluían lavar, planchar, cocinar, cuidar niños, cuidar personas de la tercera edad y hacer las compras para surtir la despensa de las casas del confinamiento. En ese sentido, el contexto de pandemia exhibió y actualizó las precarias condiciones laborales de las trabajadoras domésticas, por ejemplo:

a) El trabajo doméstico y su nulo acceso a la seguridad social

Si bien desde el año 2019 fue aprobado el programa piloto del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) para que las trabajadoras del hogar tuvieran acceso a seguridad social,⁷ resulta que de los 2.5 millones de trabajadoras domésticas solo el 1.5% está afiliado al IMSS (Grimaldo 2021), lo que muestra que el empleo dedicado al cuidado del hogar es una labor precaria, en el cual las trabajadoras «han estado históricamente excluidas de los marcos normativos de protección laboral y de los esquemas de seguridad social» (Rodríguez 2020, 132), y cuenta de ello dan las narrativas recogidas en Ticumán y Tepoztlán:

¡No qué va! ¿Cuál seguro? seguro te enfermas y ya valió, ahí en el fraccionamiento nadie tiene seguro, nadie de las señoras, ni jardineros... Imaginate, ni

-
- 6 Empleadas domésticas con un horario de entrada y salida, que en la mayoría de los casos el inicio de las labores se ajusta de manera estricta a determinada hora de la mañana, y el horario de salida suele prolongarse y no obedece una hora específica para la conclusión de la jornada laboral.
 - 7 Gobierno de México, (2019, enero 30) «Reglas de carácter general de la prueba piloto para la incorporación de las personas trabajadoras del hogar», IMSS/Blog. [31 de agosto de 2021].

Mary [...] ella que tiene años ahí con esos señores, unos 30 años...
(Martina, Ticumán, Morelos, 2020)

En este contexto, la proliferación de las residencias de descanso que contribuyen a convertir al estado de Morelos en un gran balneario insertó a un sector de la población morelense, principalmente mujeres, a procesos laborales precarios, pero que resultan una opción de empleo en poblaciones periféricas ante la demanda originada de sectores privilegiados, que recurren a la contratación precarizada de mano de obra local para el cuidado y la reproducción cotidiana del hogar.

b) Trabajadoras domésticas, procesos diferenciales del riesgo

Ante la COVID-19, las trabajadoras del hogar se vieron obligadas a intensificar sus labores, añadiéndose nuevas dinámicas a sus tareas cotidianas de lavar, planchar, cocinar y cuidar menores; ejemplo de ello es que se encargaron de sostener la despensa en las casas de sus empleadores:

Ahí veías a mi mamá ir a surtir toda la despensa; saliendo al mercado, porque pues los señores no querían salir, ellos guardados...
(Marcela, Tepoztlán, Morelos 2020)

Si bien las labores domésticas marcan una tendencia a reorganizarse que «con los años ha llevado a que algunas tareas sean asumidas por las patronas, tales como el abastecimiento de alimentos» (Goldsmith 1998, 86). Resulta que el contexto de la COVID-19 evidenció cómo las trabajadoras domésticas se encargaron de sostener la despensa de las casas del confinamiento, para que la cuarentena de unos cuantos fuera segura. De tal forma, como lo expresa Flor, hacer las compras para surtir la despensa no fue una alternativa en sus dinámicas laborales, sino una orden impuesta por el empleador:

La señora se enoja, dice que no me fijo que hace falta en la alacena y por eso salen mal los mandados; pero cómo si yo no sé leer, le digo «usted ayúdeme a escribir lo que falta» y así llevo el papelito a la tienda para que lo

lean, porque aprenderme lo que hace falta pus no... Pero le digo y se enoja, me dice que no sé nada, que parezco chamaquita y hasta regañada salgo... (Flor, Ticumán, Morelos, 2020)

El contexto en que se inscribe la narrativa anterior muestra cómo el trabajo doméstico, al establecerse en el ámbito privado de los hogares y estar atravesado por relaciones de género y clase social, implica actores pasibles (Rodríguez 2020); que suelen ser objetos de procesos de infantilización desde el capital cultural y social de los empleadores, que refleja la precarización, desvalorización y discriminación histórica que sufre el servicio doméstico. De manera que, en tales condiciones, las trabajadoras del hogar enfrentaron un riesgo diferencial, ya que fueron ellas quienes se expusieron al hacer las compras para surtir la despensa de sus empleadores:

Mi patrona no quería salir para nada de su casa; ¡yo venía al pueblo a conseguir las cosas! Pero en su casa ve cuánta gente entra y sale... (Margarita, Ticumán, Morelos, 2020)

En ese sentido, desde Beck (1998) podemos distinguir en este caso entre riesgos y percepción de riesgos; la visión objetiva se estructura desde la voz experta que determina los riesgos, mientras que la percepción se ubica desde la población que los percibe, y si bien la percepción del riesgo es una construcción colectiva de una situación de incertidumbre, la misma percepción del riesgo se experimenta desde la clase social y el género. En esta situación en particular, las trabajadoras del hogar, al sostener la cocina y el confinamiento de sus empleadores, se exponen y experimentan una distribución diferenciada del riesgo que determina qué cuerpos son más «enfermables».

Ahora bien, es posible pensar el riesgo a partir de dos componentes: por un lado, la amenaza que resulta una fuerza/fenómeno peligroso que puede ser destructivo, y por el otro, la vulnerabilidad que alude a una serie de elementos de los grupos sociales que los vuelve más propensos al embate de las amenazas, es decir, a la posibilidad de padecer daños en diferente escala, por ejemplo, como sugiere Moser (1998) la vulnerabilidad refiere al conjunto de limitaciones o desventajas que las personas encuentran en cuanto a la capacidad y recursos para hacer frente a procesos externos.

De tal manera que en la pandemia se ha manifestado la naturalización de una mayor vulnerabilidad a unos actores sobre otros, al tiempo que ha predispuesto cómo las desigualdades sociales forman parte de los factores de riesgo y determinan el grado de exposición al mismo, tal como se expresa en las palabras de una empleadora citadas por parte de una trabajadora doméstica:

Mijita, tú no te enfermas, ustedes aguantan más; tú no tengas miedo del coronavirus cuando vas al mercado, lleva tu cubre y ya...
(Jobita, Ticumán, Morelos, 2020)

Tal como menciona Jobita en su narrativa, el «ustedes aguantan» fue una expresión que se hizo presente durante la pandemia, incluso había quienes argumentaban que «si aguantaron un temblor... ¿que no aguanten el coronavirus?», en referencia al sismo del 19 de septiembre de 2017 cuyo epicentro fue en Morelos. Así pues, la resistencia de los cuerpos más vulnerables aparece como una expresión naturalizada de que la exposición al riesgo importa más en unos actores sociales que en otros, aquí «el riesgo no se reparte de manera pareja: su distribución sigue patrones de clase, género, ocupación, grupo de edad, adscripción cultural» (Hersch 2012, 18).

En este caso particular, un mayor riesgo y vulnerabilidad en la pandemia es afrontado por: a) mujeres, b) trabajadoras del hogar, c) adultas que al mismo tiempo son infantilizadas por sus empleadores y que d) son originarias de comunidades periféricas y relativamente pequeñas, en donde la pandemia muestra sus condiciones de empleo y expone que los factores de riesgo, más que ser individuales, resultan procesos colectivos que provienen de una sinergia estructural que determina la situación de vulnerabilidad diferencial.

c) Trabajadoras del hogar; dobles cuidadoras

Desde los años ochenta, los cuidados se integraron a lo que se conocía como trabajo doméstico (Batthyány 2020); y en este caso, la labor de cuidado de las trabajadoras domésticas se intensificó durante los primeros meses de la pandemia, ya que resultaron dobles cuidadoras,

pues su tarea de cuidado incluyó tanto a la familia empleadora como a su propia familia y unidad doméstica. Este es el caso de Maricela, una mujer de 38 años y madre de un menor de 13, de quien asume su manutención y cuidado con ayuda de su red familiar:

Le llevo todo lo que quiera a mi hijo para que él no salga... le digo: «Yo tengo que salir a trabajar, para que tengamos dinero que gastar... ¡pero tú no salgas!».
(Maricela, Ticumán, Morelos, 2020)

Así pues, en la pandemia las trabajadoras domésticas en su papel de cuidadoras incrementaron su carga de trabajo, lo cual resultó paradójico, ya que «los empleos en sectores de cuidado son de los más precarios y peor pagados del mercado laboral. El caso del empleo en casas particulares es tal vez el más emblemático» (Rodríguez 2020, 132), en donde incluso los horarios laborales son exhaustivos y en las comunidades de referencia se suelen extender hasta por diez u once horas de trabajo continuo.

En este sentido, en los municipios morelenses que son espacios para el descanso de los residentes de la Ciudad de México, es común que se contrate a familias completas en las casas de fin de semana; por ejemplo, los hombres como veladores y jardineros para que se encarguen de cuidar las propiedades y mantener en buen estado tanto las áreas verdes como las albercas, brindándoles un cuarto en la misma finca, pero alejados de la casa principal, y, por supuesto, las mujeres como trabajadoras domésticas, muestra de ello es la narrativa de María:

Tenía que acarrear todo para la casa de los señores, y para el cuarto que nos prestan... nos leyeron la cartilla, no querían que saliéramos del cuarto, solo mi mamá podía andar en el jardín y salir a atender a los señores...
(María, Tepoztlán, Morelos, 2020)

De manera que los empleadores comunicaban a las trabajadoras domésticas la exigencia de cuidar su propia salud cuando tenían contacto con ellos y su red familiar, al estar encargadas de atenderlos en las residencias del confinamiento; es decir, en el contexto del trabajo doméstico, ellas resultaron las cuidadoras de la vida de sus empleadores y sus familias exponiendo la propia y la de su familia.

En ese sentido, el contexto de emergencia sanitaria también ubicó a las trabajadoras del hogar frente a diversas incertidumbres sociales, manifiestas a partir de procesos diferenciales en los cuales el futuro se presenta de manera incierta, tal como lo muestra Chana:

Mis patrones ya no quieren ni salir a los mandados... andan espantados por la enfermedad, pero pues sí da miedo, pero hay que trabajar, con el miedo y todo hay que salir adelante...
(Chana, Ticumán, Morelos, 2020)

La condición de la doble carga del cuidado acentúa por consiguiente su incertidumbre respecto al presente y el futuro. De modo que sus percepciones sobre el futuro dentro de la pandemia se intensificaron, ya que se convirtieron en sujetos sociales con una mayor vulnerabilidad frente a los procesos de riesgo e incertidumbre.

CONCLUSIÓN

Desde el sur de la pandemia y el confinamiento se avizora que la emergencia de la COVID-19 potenció la *no existencia* de ciertos conjuntos de seres humanos, por lo tanto, este trabajo se propuso repensar en actores invisibles para ubicar otras narrativas posibles sobre las múltiples caras del confinamiento. De manera que hablamos sobre cómo esta pandemia agudizó las ya precarias condiciones laborales de las trabajadoras domésticas, al cuestionar desde dónde y para quién resultó posible una cuarentena en medio de la pandemia; cuando justamente esta vulnerabilidad diferencial subvierte la indicación de medidas técnico-sanitarias al prescindir de una perspectiva contextual y estructural.

En el escenario analizado, la pandemia y confinamiento revelan cómo las trabajadoras de las casas de descanso en Morelos, desde su exposición sustentan el bienestar y el confinamiento de sus empleadores. Y ello, a su vez, hace visible y refuerza sus condiciones de exclusión y desigualdades.

Así pues, el trabajo doméstico en las dos comunidades de referencia, al intensificarse en medio de la COVID-19, aparece en el contexto de una matriz histórica de dominación social inherente

de la colonialidad, que se define como: «un patrón de poder global en relaciones de dominación, explotación y conflicto en torno al trabajo, la naturaleza, el sexo, la subjetividad y la autoridad. [Lo que además implica] jerarquizaciones» (Restrepo y Rojas, 2010:155).

Y justamente al hablar de procesos de jerarquización impuesta y naturalizada de seres humanos y territorios (Restrepo y Rojas 2010), es que este contexto de colonialidad repercute directamente en las trabajadoras del hogar, ya que determina cómo se distribuye el riesgo y las incertidumbres de manera diferencial en las sociedades.

Por tanto, la intensificación del trabajo doméstico en la pandemia pone de manifiesto una sinergia de sistemas de dominación, dentro de los cuales el patriarcado y el capitalismo, como estructuras de carácter social, político y económico dominantes, se articulan y actualizan desde una matriz común como la colonialidad, en la que se naturaliza la explotación laboral a partir de razones de género y clase social, lo cual justifica y legitima las desigualdades sociales en nuestros tiempos.

REFERENCIAS

- Batthyány, Karina. 2020. «Introducción miradas latinoamericanas al cuidado». En: *Miradas latinoamericanas a los cuidados*, escrito por Karina Batthyány, 11-52. Argentina/México: CLACSO/Siglo XXI.
- Beck, Ulrich. 1998. *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Casas, Verónica y Hernán Palermo. 2021. ¿El virus afecta «a todos (y a todas) por igual»? Una mirada crítica acerca del trabajo doméstico remunerado en Argentina en tiempos de pandemia por COVID-19. *Revista interdisciplinaria de estudios de género de El Colegio México* 7: 1-36.
- Consejo Nacional de Población. 2010. *Índices de intensidad migratoria, México-Estados Unidos*. Anexo B; El estado de la migración. CONAPO.
- Durin, Séverine. 2013. Servicio doméstico de planta y discriminación en el área metropolitana de Monterrey. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad* 34, núm. 134: 93-129.
- Durin, Séverine y Natalia Vázquez. 2013. Heroínas-sirvientas. Análisis de las representaciones de trabajadoras domésticas en telenovelas

- mexicanas. *Trayectorias. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León* 15, núm. 36: 20-44.
- Diario de Morelos. 2020. Cuáles municipios de Morelos impiden paso de turistas por temor a coronavirus. *Comunidad*, 10 de abril. Disponible en línea: <<https://www.diariodemorelos.com/noticias/cu-les-municipios-de-morelos-impiden-paso-de-turistas-por-temor-coronavirus>>. Consultado el 1 de septiembre de 2021.
- Gobierno de México. 2019. «Reglas de carácter general de la Prueba Piloto para la incorporación de las personas trabajadoras del hogar», *IMSS/Blog*, 30 de enero. Disponible en línea: <<https://www.gob.mx/imss/articulos/reglas-de-caracter-general-de-la-prueba-piloto-para-la-incorporacion-de-las-personas-trabajadoras-del-hogar-195660?idiom=es>>. Consultado el 31 de agosto de 2021.
- Goldsmith, Mary. 1998. De sirvientas a trabajadoras: la cara cambiante del servicio doméstico en la ciudad de México. *Debate Feminista* 17: 85-96.
- Goldsmith, Mary. 2007. Disputando fronteras: la movilización de las trabajadoras del hogar en América Latina. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* 14.
- Grimaldo, Ana. 2021. «Sólo 1.5% de las trabajadoras del hogar han sido afiliadas al IMSS». *Expansión Mujeres*, 22 de julio. Disponible en línea: <<https://mujeres.expansion.mx/actualidad/2021/07/22/solo-1-5-de-las-trabajadoras-del-hogar-han-sido-afiliadas-al-imss>>. Consultado el 31 de agosto de 2021.
- Hersch Martínez, Paul. 2012. El riesgo del no riesgo. *El Volcán Insurgente* 13: 15-25.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. 2020. *Estadísticas a propósito del día internacional del trabajo doméstico*. Comunicado de prensa N.º 339/20, INEGI.
- Lins Ribeiro, Gustavo. 2021. «Descotidianizar el mundo». La pandemia como evento crítico, sus revelaciones y (re)interpretaciones. *Desacatos* 65: 106-123.
- Moser, Caroline. 1998. Reassessing urban poverty reduction strategies: The asset vulnerability framework. *World Development. Washington, The World Bank* 26, nú. 1: 1-19.
- Organización Internacional del Trabajo. 2019. *Realidades opuestas entre trabajadoras del hogar y sus empleadores en México*. Noticias, OIT.

- Palermo, Hernán M. y María Lorena Capogrossi. 2020. *Tratado latinoamericano de antropología del trabajo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Quijano, Aníbal. 2000. «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina». En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, comp. Edgardo Lander. Buenos Aires: CLACSO.
- Restrepo, Eduardo y Axel Rojas. 2010. *La inflexión decolonial: Fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Rodríguez, Enríquez Corina. 2020. «Elementos para una agenda feminista de los cuidados». En *Miradas latinoamericanas a los cuidados*, escrito por Karina Batthyány, 127-135. Argentina/México: CLACSO/Siglo XXI.
- Salazar, Rachel. 2015. *Servants of Globalization. Migration and Domestic Work*. Stranford: Stanford University.
- Salvador, Soledad y Patricia Cossani. 2020. *Trabajadoras remuneradas del hogar en América Latina y el Caribe frente a la crisis del COVID-19*. ONU Mujeres, CEPAL.
- Santos, Boaventura de Sousa. 2010a. *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Ediciones Trilce Extensión universitaria.
- Santos, Boaventura De Sousa. 2010b. *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del sur*. Lima: Instituto Internacional de Derecho y Sociedad/ Programa Democracia y Transformación Global.
- Santos, Boaventura de Sousa. 2018. «Introducción a las Epistemologías del Sur». En *Epistemologías del sur*, escrito por María Paula Meneses y Karina Bidaseca, 25-63. Buenos Aires: CLACSO.
- Santos, Boaventura de Sousa. 2020. *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: CLACSO.
- Santos, Boaventura de Sousa y María Paula Meneses. 2014. *Epistemologías del sur. Perspectivas*. Madrid: Ediciones Akal.



RAÚL GARCÍA CONTRERAS es antropólogo social por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), integrante del programa de investigación Actores Sociales de la Flora Medicinal en México, adscrito al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y colaborador del Proyecto 304985 del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT). Sus líneas de interés se orientan a las epistemologías del sur, teoría decolonial y epidemiología sociocultural, realizando trabajo etnográfico en comunidades indígenas, afromexicanas y campesinas del estado de Morelos, de Guerrero y de Oaxaca.